

LA INVENCION DE LA MISERICORDIA*

Como toda otra época histórica, nuestro tiempo tiene su ambigüedad. El siglo XX ha sido por lo pronto el siglo en el que se ha producido un mayor número de víctimas de la historia entera, y tras los dos grandes totalitarismos, la idea de una Ciudad Feliz sigue actuando más o menos abierta y conscientemente, aunque también con el coste de su construcción en víctimas. Pero, porque la historia es ambigua, el balance del haber y de los logros es asimismo impresionante y esperanzador. E incluso en este aspecto concreto de la conformación de la historia misma sobre las espaldas de algunos o muchos seres humanos, este nuestro tiempo es el primero en el que, descubiertas como tales algunas de esas parcelas victimarias de la historia, se las presta una atención privilegiada.

En este caso, entonces, parecería que nos acercamos a la posibilidad real de desarmar ese mecanismo victimario, que habría venido funcionando hasta ahora. Pero no ha ocurrido esto, sino que aquellas parcelas victimarias han sido integradas en el rodaje histórico sencillamente, y no sólo con su visibilidad sino para prolongar la marcha victimaria de aquél. Y comencemos por proponer una muestra inocente de este aserto. La muchachita que lleva una chaqueta con el adorno de las supuestas costuras de ella es deridiana sin saberlo, y está haciendo justicia a las costuras de esa chaqueta, y en ella a las costuras de todos los trajes, proclamando esa justicia de que

José Jiménez Lozano es escritor. Premio Miguel de Cervantes.

* Este texto corresponde la intervención del autor en el Campus FAES de Navacerrada el 2 de julio de 2008.

la costura, que es lo importante de la factura de la chaqueta o de la falda, está ahí visible, y se cuenta con ella. Y, desde luego, hay, en efecto, un hilván o un pespunte de justicia en ello, y, desde luego, es mucho más elegante que si yo digo “la señora notaria”, con lo que quizás quiero honrar la condición femenina de quien ostenta tal profesión, pero en realidad no estoy honrando a la persona a la que no pueden añadir nada ni su condición sexual ni social, y, además, tengo que utilizar un lenguaje artificioso y bárbaro, que la cosifica. Y podemos sonreírnos, incluso, de estas nuevas gramáticas; pero este asunto es mucho más serio que lo que parece.

Mi reflexión aquí ante ustedes va a ser muy simple, y va a girar en una pequeña glosa en torno a dos o tres textos, antiguos y modernos, y va partir de uno de éstos, que es del profesor René Girard, para el cual, precisamente la Historia entera se asienta sobre una violencia sacrificial y religiosa.

En una larga entrevista con Michel Treguer, que se publica en 1994, afirma Girard: “La historia no ha acabado. Todos los días se producen bajo nuestros ojos cosas muy interesantes, cambios de mirada. En los Estados Unidos, y por todas partes, se pueden unificar muchos fenómenos culturales actuales describiéndolos como el descubrimiento de nuevas víctimas, o como su rehabilitación concreta más bien, porque verdaderamente llevan descubiertas mucho tiempo: las mujeres, los jóvenes, los viejos, los locos, los tarados físicos y mentales, etc. Nuestro lenguaje está dominado por este tipo de consideraciones... Ya no puede defenderse una posición cualquiera, no importa la que sea, sino haciendo una contribución a la cruzada antivictimaria”. Y, cuando Michel Treguer le pregunta a Girard si a su entender esto es algo bueno o una regresión, éste contesta: “En sí misma es una buena cosa. El vocabulario y el punto de vista cristiano se expanden por todas partes y se universalizan...”

»Pero también es verdad que, en muchos casos, son caricaturas las que ocupan su lugar, explotaciones pervertidas y patológicas de la obsesión victimaria. En adelante ‘no se persigue ya más que en nombre de las víctimas’. Una vez más Nietzsche vio muy claro, en una época en la que se era menos caricaturesco que hoy, pero no vio la verdad que hay detrás de esa mentira.

»Vea usted el terror que se hace pesar, en la hora actual, sobre las letras y las ciencias del hombre o, dicho de otra manera, sobre los sectores más vulnerables de la sociedad americana, la coalición de los que allí se llaman las ‘single-issue lobbies’, los grupos de presión étnicos, feministas, neo-marxistas, ‘gay and lesbian liberation’, etc., a partir del momento en el que la preocupación victimaria se universaliza en lo abstracto y se transforma en imperativo absoluto, se convierte ella misma en un instrumento de injusticia. Por una especie de supercompensación se da en adelante una tendencia a hacer de la simple pertenencia a un grupo minoritario, una especie de privilegio, un derecho, por ejemplo, a la titulación en la universidad. Cada vez que criterios de selección puramente étnicos y sociales sustituyen al talento en el estudio, a la calidad de las publicaciones, la universidad americana pierde lo que constituía su valor: es decir, la concurrencia reglada de los méritos. Se transforma en una burocracia autocrática, en un sistema jerarquizado según criterios extraños a los logros de la investigación, e incluso a la eficacia de la transmisión de los saberes. El hecho de que esta jerarquía invierta a la antigua no constituye un progreso... Y en el punto extremo, la omnipotencia de la víctima es tal en nuestro mundo que quizás se está deslizando hacia un nuevo totalitarismo”.

Michel Treguer comenta, entonces, provocadoramente, que Cristo no podía prever una cosa así, y contesta Girard: “Lo ha previsto; los textos cristianos lo anuncian. ‘En el fin de los tiempos, ¿creéis que Cristo encontrará la fe cuando vuelva entre los hombres?’. El *Apocalipsis* de Juan no es otra cosa, todo él, que este anuncio... ¿Qué quiere decir ‘Anticristo’? Quiere decir que se va a imitar a Cristo de una manera paródica. Es una descripción exacta de un mundo como el nuestro en el que los actos más perseguidores se hacen en nombre de la lucha contra la persecución. El soviétismo no era más que esto.

»Si usted quiere, o bien puede darse una oposición abierta a la actitud cristiana, o bien puede usurparse esta actitud y desviarla de su finalidad, y es nuestro totalitarismo. Los nazis decían: ‘Vamos a cambiar la vocación del mundo occidental, anular el ideal de un universo sin víctimas. Vamos a hacer tantas víctimas que nos reinstalaremos en el paganismo’. Lo que nos amenaza hoy en América, por el contrario, es lo contrario, lo ‘politically correct”.

E inmediatamente lo define como “la religión de la víctima desprendida de toda transcendencia, la obligación social de emplear una verdadera ‘lengua de madera victimaria’, que viene del cristianismo pero que le subvierte más insidiosamente aún que la oposición abierta”. Y su interlocutor, cuando Girard pone algunos ejemplos de hiperfeminismo grotesco, como la negación del nombre de “seminario” en la universidad para llamarlo “ovarium” y otras lindezas, comenta que estamos ante “las nuevas preciosas ridículas”, pero Girard vuelve a ponerse serio y concluye: “Hay maneras más astutas que el Gulag para deshacerse de las gentes”.

Y pongo aquí una tan extensa cita, a la cabeza de mi reflexión ante ustedes, porque este asunto de lo “políticamente correcto” es tomado por el profesor René Girard con una seriedad no acostumbrada, e instala la cuestión en el contexto total de nuestra cultura. Y porque es un análisis en el plano histórico y antropológico, desde categorías culturales cristianas, que –juntamente con las categorías del pensar que se llama “antiguo” en general–, son las que en la modernidad suelen dejarse de lado, sencillamente porque desvelan y desenmascaran, como afirma el propio Girard, el carácter cripto-religioso y sacrificial de esta modernidad de ahora mismo. Lo que, dados sus alardes anti-religiosos, no deja de tener su “piquant” el subrayar.

La evacuación o marginación de estas categorías de filosofía cristiana –hecha con los aires solemnes de los viejos “espíritus fuertes” y ahuyentadores de supersticiones, o a las que se despide con el gesto de “Traigan una lamparita, por favor”, como dice Jean Lacan a propósito de la Ilustración– permite, por lo pronto, que queden absolutizados y blindados críticamente el pensamiento ilustrado y post-ilustrado, y el de cualquiera otra ideología, impidiendo que resulten expuestos, a críticas “a radice”, que son, lógicamente, las de esos saberes antiguos –cristianos o no– y del primer racionalismo, que no tienen las mismas categorías, ni, desde luego, los “a prioris” del pensar moderno. Y exactamente ésta es la razón profunda de su rechazo, como lo es la de no querer saber nada del pasado en general, porque se sabe muy bien que sus hechos o sus textos son una crítica destructora del “ahora mismo”, y lógicamente siempre resulta más expeditivo una actitud de defensa preventiva: la de marginarlos, en tanto que pasado, como irrelevantes y muertos; o como pensares de los famosos “viejos rostros pálidos”, cuyas

menesterosas entendederas compadecemos, como ironizaba Bertrand Russell, ya en los años cincuenta del siglo pasado.

De manera que, así las cosas; esto es, esa tabuización e higiénica marginación, por un lado, y un pensamiento verdaderamente débil o abiertamente plano que no quiere o no puede encararse con la dureza de lo real en todos los ámbitos, por el otro, nos permiten seguir dando vueltas a lo mismo, y reinventando lo que ya estaba inventado, pero que ahora, al reinventarse, queda desgajado de su misma sustancia, y es re-hecho y contrahecho, como sucede en este caso de lo “políticamente correcto” o hallazgo paródico de la misericordia y la justicia, convertidas en la pura vacuidad del “flatus vocis”, que no puede actuar en la realidad, no produce ningún cambio real en la maquinaria de victimación de la Historia. Ésta sigue intacta, y las cosas siguen siendo y rodando del mismo modo; esto es, manifestándose como violencia y poder, en una historia de violencia y poder: simplemente con otros verdugos y otras víctimas. Porque tal ha sido el cambio.

Porque lo cierto es que, sin ir más allá, la desconstrucción de lo injusto y el hallazgo de la misericordia siempre han ido de suyo en la vieja cultura europea; y el común sentido de los pueblos y su secular experiencia han resumido su percepción de que la historia no se movía, sino para seguir siendo la misma y anclada en los mismos quicios, en la afirmación de que son siempre “los mismos perros con distintos collares”, o con similares comentarios que, como dardos seguros, dan el talón de Aquiles de los “Grandes Relatos” épicos o morales. Y, así, por ejemplo, ese mismo pueblo decía en los tiempos imperiales españoles, cuando se proclamaba que en sus dominios no se ponía el sol, que tampoco se ponía el hambre; o como en el caso de las preguntas del aduanero de Edesa, una ciudad que prosperó en medio de los dos imperios enemigos, Persia y Bizancio, y en la que los persas compraban a los bizantinos oro y vitela para escribir, y los bizantinos compraban a los persas especias indias y sedas chinas, pero también esclavas asiáticas. Y el caso fue que, cuando Apolonio de Tiana regresó de Oriente, se le preguntó, como a todos los demás viajeros, qué tenía que declarar, y contestó muy edificantemente: “Templanza, virtud, justicia, castidad, fortaleza y diligencia”, y entonces el funcionario de aduanas repuso: “¿Dónde has escondido a las chicas?”.

Y Apolonio de Tiana no escondía chicas en ninguna parte, pero la pregunta era completamente pertinente, como lo eran aquellas ironías de solana y mentidero en los tiempos imperiales, porque, como poco, siempre constituyeron una instancia crítica, una negativa a vivir en el engaño, y una adquisición de un ámbito de libertad para vivir con menos injusticia y victimaciones. Y, en este caso que aquí nos ocupa, la pregunta por las chicas es también lo interesante. Es decir, por aquello que se aparta y esconde o se renuncia y margina como antigualla, para que no se descubra dónde está nuestro tráfico de esclavas. Para que la historia prosiga lo mismo, envuelta en otras retóricas y púrpuras; retóricas vanas como siempre, y púrpuras verdaderas, también como siempre, para los señores de ella; pero retóricas o estrenos de gramática que, desde Tucídides, veinticinco siglos antes de que Orwell mentara la cuestión, se sabía que había que inventar y estrenar continuamente, para imponer la “recta doxa” u “orto-doxia”, o “corrección política” de la lengua, para determinar, con esos cambios de nombre, un cambio de significación en los conceptos, encubriendo de este modo una realidad de ordinario criminal y deshonorosa. Pongamos por caso denominar “violencia de género” el asesinato domiciliario de mujeres, o denominar “aldeas” a los “lagers”, y poniendo, a éstos lugares de horror en el Gulag, nombres tan hermosos como los de los viejos monasterios cistercienses: “Campo del robledal, Campo del lago, Campo de la estepa, Campo de los juncos”, como quien dice: Vallis Bona, o Buen valle, Clairvaux o Chiaravalle (Valle claro), Vaulluisant (Valle resplandeciente), Clairmairais (Marjal claro), Aiguabelle (Agua bella), o Senanque (Agua limpia).

Hablando de las luchas civiles en Corcira, dice Tucídides: “Al querer justificar unos actos que hasta entonces se consideraban censurables, hubo que cambiar el sentido corriente de las palabras. La audacia irreflexiva fue considerada valeroso sacrificio; la precaución prudente se convirtió en una cobardía disimulada. El sentido común no era más que un pretexto para la molicie, y la gran inteligencia era sólo inercia reprochable. La violencia llevada hasta el frenesí pasaba por ser la condición de un alma auténticamente viril; las precauciones contra los proyectos del adversario se convertían en honrados pretextos contra el peligro. El violento conseguía siempre que se le creyese; y el que resistía la violencia se hacía siempre sospechoso. Poner trampas con buen éxito era prueba de inteligencia; y

burlar las trampas, la mayor habilidad. Cualquiera que consiguiera eludir el empleo de estos medios era acusado de traición al partido y de cobardía ante los adversarios. En fin, que los mayores elogios los merecían quienes siempre estaban dispuestos a realizar una mala faena e incitar al mal a los que no habían pensado en perjudicar a nadie. Las relaciones de partido eran más fuertes que las de familia, porque incitaban a atreverse a todo sin ampararse en ninguna excusa. Las asociaciones no tenían como objetivo la utilidad conseguida por medios legales, sino la satisfacción de todas las ambiciones en lucha contra las leyes establecidas. La fidelidad a los compromisos adquiridos no se fundaba en el respeto a la ley divina del juramento, sino en la complicidad criminal”.

Dos mil quinientos años tienen estas palabras, como digo, y esto significa ante todo que sabíamos cómo eran y son las cosas, al igual que sabíamos por el “Apocalipsis”, según explicaba Girard, lo que ocurre con la reificación de la justicia y de la misericordia en la corrección política; por el Talmud, lo peligroso que es extremar las facilidades del perdón que acaba en más violencia; o, por los romanos, que todo el asunto está en “imitar a los griegos y contener a los bárbaros”. Es decir, la única conciencia crítica que podemos tener está en el pasado, y allí es donde escondemos a las chicas para decirlo como el aduanero de Edesa. Y, por esto, exactamente y solamente por esto, es por lo que lo hacemos objeto de irrisión, y lo deseamos, porque su crítica de nuestros constructos es devastadora. Y el caso es que, para más “inri”, nuestros constructos están re-hechos con los retales del pasado que renegamos y, por lo tanto, en versiones des-sustanciadas y banales, locas y perversas.

Ya respecto a nuestras propias conquistas modernas será suficiente recordar la precisa formulación que Jürgen Habermas ha hecho del asunto en muy pocas palabras: “El universalismo igualitario –del que salieron las ideas de libertad y solidaridad, de autonomía y emancipación, la idea de una moral de la convicción personal, de los derechos del hombre y de la democracia– es una herencia directa de la ética judía de la justicia y de la ética cristiana de la caridad. Esta herencia jamás ha cesado de ser objeto de nuevas apropiaciones críticas y de nuevas interpretaciones, pero sin que su sustancia haya cambiado. Y es que, hasta hoy en día, simplemente

no hay alternativa. Incluso frente a los retos presentes de una constelación post-nacional, continuamos alimentándonos de esa sustancia... Todo lo demás no es más que cháchara post-moderna”. Y cháchara, naturalmente, de la que forman parte las ideologías y gramáticas salvíficas de lo correcto.

Nuestra cuenta, ciertamente, lo queramos o no, es con la historia entera, pero sin duda que lo peor que podemos hacer con ella es versionarla a una “la lengua de madera”, que dicen los franceses, o a “la gramática de la corrección” según nuestros diseños. Ni siquiera la verdad y la belleza necesitan para nada la corrección académica o de los pesadores de palabras que decían “messieurs et mesdames” de Port-Royal des Champs. Pero la cuenta crítica con el pasado y la medida exacta de su peso sí son imprescindibles. Es decir, con los grandes textos y los seculares acontecimientos que han hecho a nuestra civilización.

No existe otra alternativa, en efecto, que recurrir al pasado, por lo pronto para impedir que nuestros constructos no se conviertan en otra falsa mañana más de la historia, y, de paso, en poder sólido, totalizador y totalitario en ella, para traer lo mismo de otro modo y con el único cambio de señores y sufrientes, según vengo diciendo. Pero también es preciso ese ejercicio crítico, desde las Casandras, que siempre dicen la verdad, aunque nunca sean creídas, pero acerca de cuyas advertencias nosotros ya podemos levantar más de un acta de cuán espantosamente verdaderas eran sus previsiones. “¿Y cómo lo sabía?”, preguntaban los lectores a escondidas de *Los Demonios* de Dostoievski, en los tiempos leninistas, estalinistas, o kruschovianos. Simplemente porque fueron gentes que se dieron la cabeza y el alma contra los muros de lo real, y odiaban como a la muerte la confortabilidad de lo banal, la gramática transfiguradora de la realidad o de lo “políticamente correcto”, y llamaron a las cosas por su nombre. Es decir, exactamente por lo que ahora los rechazamos. Pero también sabemos que ni Dostoievski ni las otras Casandras tampoco serán ahora creídas, aunque no porque a ello es a lo que a Casandra condenó Apolo, cuando ella le rechazó en sus requerimientos amorosos, sino porque, como también sabemos por textos antiguos, lo que más amamos es ser engañados. Y luego podemos llamar a esas Casandras aguafiestas si queremos. Pero, como digo,

hay que echar también con ellas la cuenta, y ahora mismo. Para entendernos, y entender el mundo, y para ahondar y afianzar las conquistas hechas. Y, hasta para saber si son conquistas, necesitamos ese espejo. El futuro no tiene espejos, y quizás sólo los dioses pueden ver en él reflejos. A menos que nos tomemos por dioses, claro está.

Pero, por satisfactorio que sea el sentirnos como tales, enseguida podemos comprobar que lo real se impone como real, y “humillis” –palabra que viene del recuerdo del “humus” o barro que somos– es esa conformidad con lo real, la aceptación de nuestra condición de seres terrenales y no dioses, y de conformarnos con actuar en los fragmentos del espacio y del tiempo reales, sin ninguna ambición totalitaria. El mundo ya existe y la misericordia también ha sido ya inventada. Y, para medir nuestros ejercicios demiúrgicos y sus consecuencias, podemos hacer a este respecto un pequeño excurso especular, por ejemplo hasta el mundo de lo que, con conciencia de plenitud, viene llamándose “arte moderno” desde hace ya más de cien años, en su sustantiva diferenciación con el “obsceno y podrido” arte antiguo, que decían los señores surrealistas. Este arte antiguo es “secundariedad”, obra de hombre, imitación de lo real que produce otra realidad transfigurada en hermosura, mientras que el arte moderno es asunto de demiurgos que desprecian hombre y mundo y fabrican sus hombres y su mundo: “Caras verdes y cuerpos de madera”, como ha escrito el estudioso de arte, Enrique Andrés, en una excelente página. Es decir: “toda carne tomada como un cuerpo objetivo, o sea, una cosa echada en el espacio y disponible al uso de la voluntad libérrima. Sólo objetos plásticos moldeables a voluntad dijeron los artistas encontrar donde antes hubo sangre, alma y huesos”.

Porque este “arte moderno” nació humildemente y en busca de silencio y hermosura, espiritualidad y presencia cual las del icono, como con Kandinski, pero luego se estableció también como poder, perdió su secundariedad, y se creyó fuente él mismo de belleza, o despreció ésta con desdén olímpico. Y, por cierto, comenzando también por la exigencia de “debido privilegio”, según la cual, el “Urinario” de Monsieur Duchamp, es mayor y más profundo en calidades estéticas perceptibles a los iniciados –ya que no en su relámpago de belleza visible para todos– que una Virgencita del Duc-

cio. Aunque en honor de Duchamp hay que subrayar la profunda conciencia que tenía de haber llegado a la pintura cuando ésta ya había alcanzado realizaciones ante las que él pensaba que ya no quedaba otra cosa que el descenso. Porque el Espíritu del Tiempo no le permitía la secundariedad, es decir, situarse en la cadena histórica del arte, de la perenne belleza asimilada y acrecida, profundizada y transfigurada en nuevos resplandores. Eran los tiempos de lo que se denomina por algunos “la segunda modernidad”, y que, como la primera o Revolución Francesa, y esta misma modernidad nuestra, eran, y son, puro ejercicio demiúrgico en todos los planos y aspectos de la cultura y del vivir, y ya ni siquiera hay Espíritu del Tiempo, porque el tiempo también lo hace el demiurgo, señor de la Historia entera.

Con el nombre de “secundariedad” alude Remi Brague a la sucesión y aceptación de herencia que se da en la cultura occidental y ha hecho a Europa; lo que es decir que la cultura occidental no se ha hecho a sí misma de la nada ni de ninguna tablarrasa de una cultura precedente, sino que se ha construido con griegos y romanos, judaísmo y cristianismo integrados en una nueva realidad, porque no había renegado, ni suplantado, ni contorsionado nada, sino que había secundado y asumido. Y es fenómeno éste de la secundariedad o recepción de una cultura precedente, que el mismo Brague considera, con razón, absolutamente único y exclusivo de la cultura occidental, entre todas las demás culturas. Y Roma misma, que ya había aplastado a la cultura etrusca y tantas otras, enseguida se dejó integrar en la cultura griega, entrando en la cadena de la secundariedad. Pero la modernidad trata de crear un tiempo nuevo, a lo largo y a lo ancho de toda realidad, que no debe soportar ni la sombra de lo que le precedió, y se comporta como si pudiera hacerlo o ya lo hubiera hecho, efectivamente; incluso si la parte más significativa de su empresa se ve obligada a tareas de derribo, y retirada de escombros del pasado. Es decir, adoptando en el fondo la misma antiquísima actitud divinal de los faraones egipcios de borrar los cartuchos conmemorativos de un reinado anterior, para recomenzar el mundo desde el principio.

Pero no fue nunca así, sin embargo, en la cultura occidental hasta el presente. Ni siquiera la Revolución Francesa, la verdadera modernidad realmente, dejó de asumir la herencia de la historia. Los revolucionarios

franceses disparan contra los relojes públicos y transforman el calendario para significar que queda abolido un tiempo viejo, y nace un tiempo nuevo, pero nos bastaría, para convencernos de que quieren asumir y renovar desde el pasado, ver los gorros frigios y el afán de establecer una República en “secundariedad” de la romana; de tal manera que los girondinos parecieron la flor y nata de los romanos redivivos; es decir, imbuidos de cultura romana. Y Gaudet, por ejemplo, hablaba no de Dios, sino de los dioses, y Vergniaud prefería hacer creer que venía del Peloponeso y no de la Gironda, y a Luis XVI le llamaban Tarquinio o Calígula, y hacían enigmáticas referencias a Catón, a los Gracos y a César; no abrían la boca sin arroparse con estas púrpuras, y, desde luego, ganaron una fácil e inmotivada reputación de hombres de letras, como dice irónicamente Stanley Loomis, pero era que buscaban dónde enraizarse, al fin y al cabo; y así nació la democracia europea no anglosajona, que hoy está en peligro de convertirse también en demiúrgico e imperial democratismo, en ideología y perversión totalitaria; en la democracia que gusta al Diablo, como advierte Leszek Kolakowski.

Y todas las transformaciones socio-políticas posteriores a la Revolución Francesa del XVIII, en todos los ámbitos, pero singularmente en el de la filosofía política, se encontrarán, queriéndolo o no, en esa “secundariedad”, enraizamiento y consecuencia, como ya vimos que muestra Habermas. Mientras Michel Burleigh, recuerda que las limitaciones del poder estatal por parte de los ciudadanos se han aprendido en los enfrentamientos entre la Iglesia y los Estados; y Walter Ullman ha documentado paso a paso esta historia, que es decir la transmisión del Derecho romano en la práctica curial, y con la introducción de la noción de persona, o “individuum est ineffabile”, y el nacimiento del “homo civilis” y su completa autonomía temporal. De manera que el laicismo decimonónico, que olvidaba todo esto por un puro prejuicio iluminista, ya nacía con voluntad totalitaria de ser Estado e Iglesia al mismo tiempo, tratando de liquidar a ésta, e instalándose verdaderamente como un antiguo y todavía más homicida sátrapa, en los dos grandes totalitarismos del siglo XX.

Pero la voluntad de ruptura total con el pasado es ahora, de nuevo, el inicio de toda sabiduría; y, en la medida en que se va llevando a cabo tal

olvido o destrucción, se replantean “ex novo” la historia y la vida del hombre en todas sus complejidades. Porque no contar con la historia aboca a dos situaciones: 1) al olvido de esa herencia o su repudio como “leyenda antropológica”, según decían Haeckel y los otros filósofos darwinistas del XIX, con lo que los hombres regresamos a la historia natural y todo quedaría reducido a Granja Científica Modelo, con los únicos problemas de orden mecánico, engorde, reproducción, explotación, y matadero; y 2) a la pura negación o, en su caso, a la apropiación acrítica, des-substanciada, y necesariamente perversa, de la herencia que no se desea recibir. Y nuestra modernidad está atravesada por un tal “adanismo” en todos los planos, que todas las antiguas conquistas no cuentan –o se destruyen como hacen con la igualdad los nuevos privilegios de las antiguas víctimas–, ni se hace cuenta de los fracasos, cuya consideración, sin embargo, es tan necesaria para dar un solo paso, porque, como decía Ortega: “el verdadero tesoro del hombre es el tesoro de sus errores, apilados piedra sobre piedra durante miles de años”, y “romper la continuidad con el pasado (es) querer empezar de nuevo, denigrar al hombre, y plagiar al orangután”. Pero la imposición de este nuevo entendimiento de las cosas, que se intenta implantar con una nueva gramática y la fuerza de la ley positiva, sólo hace que intensificar, simplemente, el siniestro ciclo de poder-violencia-victimación.

Es Emmanuel Lévinas quien ya en los años treinta advierte a las democracias liberales que en un asunto como el del anti-racismo –o la tolerancia– no se puede instruir a nadie, sino que eso es cuestión de un “ethos” cultural o religioso. Sencillamente porque en la instrucción sólo pueden ofrecerse datos e información o vocabulario; es decir, “vocablos pero no palabras”, porque “la palabra en su esencia original es un compromiso ante un tercero en nombre de nuestro prójimo... La función original de la palabra no consiste en designar un objeto para comunicar con otro, ni en un juego sin consecuencias, sino que alguien asume una responsabilidad ante alguien. Hablar es comprometer los intereses de los hombres”. Y la educación de un alma, que es donde se averiguan estas cosas, es asunto de siglos, y corresponde a otras instancias que quedan al margen de toda acción política, social o pedagógica. Es asunto de los seis pies de tierra de un yo, y allí “ni canciller ni nadie”, según la rotunda fórmula de Monsieur l’abbé de Saint-Cyran, que no dejaba dormir tranquilo a Richelieu.

Porque la convicción personal ética o religiosa de ese yo, aunque luego sea mil veces burlada y contravenida por muchos, sigue ahí como el pilar y los adentros de una civilización, empapando toda la existencialidad, y como instancia crítica de todo aquello que no la respeta. Es la “civilidad”, y se echa de ver en todas las manifestaciones de la vida humana, y de manera muy privilegiada en el lenguaje y en el arte. Digamos, por ejemplo, en los retratos de hombres, mujeres y niños como los hacía Memling, mientras que, en la ausencia de esta conciencia, se entiende muy bien que la figura humana se pinte con “caras verdes y cuerpos de madera”. Los camaradas, que llamaron “corrompido” a este arte, se dieron cuenta enseguida, sin embargo, de que les valía maravillosamente para vaciar el alma de las gentes; y, como han señalado Peter Gay y Karl Löwith, enseguida también se haría luego con los seres humanos otro tanto, en esos dos grandes totalitarismos de nuestro tiempo, que vinieron después de aquellos jueguecitos artísticos y literarios, y siempre son preanunciados en los juegos verbales.

Porque Memling pintaba como pintaba, porque, para la “christianitas” en cuyo universo vive, hay incluso un “plus” más allá de la “paideia”, la “romanitas” y la “humanitas”; y sabemos que, por eso mismo, el ministro de la tortura medieval echaba sobre la estatuilla de la virgencita o el cristo románicos, si allí los había, un paño para que sus ojos no se encontraran con los del torturado, exactamente como el sátrapa bizantino había escrito en la entrada de la cámara de tortura de Éfeso que allí no había Dios ninguno, o como el rey Boris de Bulgaria, un bárbaro recién convertido a la “romanitas” y a la “christianitas”, preguntaba al Papa Nicolás II si podía dar tortura a los miembros de una conjura recién descubierta contra él para saber más de ésta. Es decir, tenía la intuición de que aquello no le estaba permitido, porque había descubierto la sacralidad de la persona. Y claro está que Steiner se muestra luego decepcionado del poder de la cultura verdadera, de la “romanitas” y de la “christianitas”, al comprobar que los “capos” de los campos de concentración nazis eran entusiastas de Bach. Pero creo que indebidamente decepcionado, porque habría que preguntarse si es que realmente escuchaban a Bach o sólo la mecánica de sus sonidos que ahora se utilizan también para anunciar coches; y si realmente aquellos “capos” no se habían ya despojados, si alguna vez la desposaron, de su antigua “christianitas” a la que ahora odiaban y habían sustituido por una religión

de la carne y de la sangre, y de la tecnología y el burocratismo más consumados; y, desde luego, mucho antes, por una “gramática correcta”, que tan espléndida y advertidamente ha estudiado Victor Klemperer. Y, entonces, ya estaban fuera de la “civilidad”, porque, como dice Mr. Francis Prescott a su viejo amigo, Havistock, en “El Rector de Justín” de Louis Auchincloss, “cuando una civilización se desmorona, se desmorona toda... No puedes seleccionar en una riada”. Y el signo mortal del desmoronamiento es la torsión de la lengua, su olvido del nombrar, y el forzamiento a no nombrar, o a nombrar perversamente. Todo lo que sigue va de suyo.

Porque, por lo demás, ya los griegos sabían, perfectamente, que el poder y su “hýbris” desafían a la realidad, a la lengua, y a los dioses; y en *Las Fenicias* de Eurípides, Eteocles dice a su madre, Yocasta, que él no comparará nunca el poder con su hermano, aunque se haya comprometido a ello, porque la palabra justicia no significa nada, y, aunque signifique, él pasará por encima: “En lo demás seré piadoso”, asegura. Pero un tal parlamento y una tal conducta sólo son posibles, como explica allí también Tiresias, porque “hace ya tiempo que esta tierra está contaminada”, ya que Eteocles y su hermano Polinices han ocultado el pasado –lo que ocurrió con su padre Edipo–, y han negado a éste los honores debidos. Todo desembocará en la destrucción de ellos mismos y de la ciudad.

La misericordia, la libertad y la justicia hace siglos que están inventadas y son nuestra herencia; pero su parodia las pervierte, y entonces se constituyen en imperios tiránicos, y furias vengadoras. Y luego podemos llamar a esto “lo correcto” porque todo estaría ya contaminado, y “lo correcto” serían la “recta doxa” u “ortodoxia” decididas e impuestas, como el rey Nimrod –dos mil años antes que Tucídides racionalizara la corrección política, como hemos visto– impuso un lenguaje conveniente y único, a los constructores de la Torre de Babel, para que, abriendo todos la boca del mismo modo, tuvieran los mismos pensamientos. Porque “hay maneras más astutas que el Gulag para deshacerse de las gentes”, o, lo que es lo mismo, rehacerlas sin su “yo”, que es lo que hasta hace poco se llamaba alma. Pero el asunto está en sí, con la herencia recibida y desechada, queremos y podemos hacer ya otra cosa que contorsionarla y pervertirla, o divertirnos con ella, convirtiéndola en espectáculo.

Después de la caída de Constantinopla, se impuso el renombrado y siempre recurrente realismo político-económico, y Venecia, por ejemplo, comenzó enseguida a desempeñar un papel equívoco. Pero, de todos modos, se habló de defenderse y el Papa Nicolás V, aunque escamado, harto y desilusionado, se aprestó a encabezar la cruzada. “Tenía confianza –escribe Steven Runciman– en el príncipe más rico de Europa, Felipe el Bueno, Duque de Borgoña, ya que éste había hablado con frecuencia de sus deseos de realizar una cruzada. En febrero de 1454, Felipe presidió un banquete en Lieja, donde se sirvió en la mesa real un pavo vivo adornado de piedras preciosas. Mientras un hombrón disfrazado de sarraceno amenazaba a los huéspedes con un elefante de juguete y el joven Oliver de la Marche, vestido de damisela, representaba mímicamente los dolores de Nuestra Señora la Iglesia.

»Toda la concurrencia juró solemnemente ir a la guerra santa. Pero la bonita pantomima no tenía sentido. El Juramento del Faisán –como se le llamó– nunca fue cumplido”.

Pero ya se ve que entonces también se hacían espectáculos magníficos, como en las vísperas de los trágicos finales de Roma y Constantinopla, o los de nuestros no menos trágicos y felices años veinte. O después, porque, cuando el escritor polaco Adam Zagajewski sale por primera vez de su país, y llega a Berlín en el momento en que los camaradas estaban levantando el famoso muro –la antigua clarísima huella de Behemóth o Leviatán– la “élite” intelectual y política berlinesa creía que aquello era una de las fantasías de Marcel Duchamp que había que admirar; y estaba encantada porque, por lo demás, todo era correcto. Y ya me gustaría a mí saber si ahora estamos, ante lo que nos ocurre, en una situación muy diferente a la de esas festividades y relucencias, o a la de los fantasiosos realismos venecianos.

Pero pienso que ya es bastante tarde, más de media noche en esta Europa nuestra, y que, salvo pequeños reductos insignificantes que no tienen expresión política y ni siquiera cultural de un modo entitativo, todo el mundo parece haber renunciado y renegado de la herencia de los padres, de los textos y de los acontecimientos que nos han hecho, y todo está ya

modelado según la corrección política. No sólo pensares y sentires, sino el acto mismo del conocimiento está diseñado como “moderno” y ya no se ciñe al método del discurso cartesiano, aristotélico o spinoziano. Una elección política misma ya no es entre lo razonable y lo no razonable, y ni siquiera se hace por razones políticas o económicas, sino de cultura de masas estructurada por la modernidad o “anti-secundariedad” como ideología. Porque la política cuenta ya muy poco, aunque en su retórica se seguirán vertiendo los últimos coletazos de la lucha. Enseguida sólo subsistirán lo moderno como ideología y su corrección política, y cada partido querrá ser más moderno que el otro. Pero Dostoievski ya nos dijo a quiénes pertenece verdaderamente la modernidad o “anti-secundariedad” en exclusiva, y que triunfarán de manera ineluctable, porque ellos harán los esquemas culturales contra el pasado, y conseguirán que los demás los desposen con entusiasmo.

Siento no encontrar argumentos que oponer al viejo novelista, que hoy ya tampoco es gran cosa en la Bolsa de la literatura. Stalin mismo tuvo que salir en su defensa cuando un imbécil había proscrito su lectura como reaccionaria, y explicó al politiquero que la obra de Dostoievski era algo muy grande y verdadera por encima de la política, y otra cosa era que no conviniera al pueblo. Esto era la política.

Pero parece que tampoco conviene a nuestra Europa, según se ha decidido. Ni él, ni todas las otras “antiguallas”. Hasta que las olvidemos totalmente, y se consoliden todos nuestros constructos y parodias. Y entonces, a la tiranía, se la llamará justicia y misericordia, con el aplauso de todos.